

albricias, optimismo, acción de gracias, en una palabra, epifanía en el recinto sagrado que conserva, intachables, sus puras e inmemoriales líneas primitivas.

DISCURSO DEL MINISTRO DE LA GOBERNACION Y ENTREGA DE LA CATEDRAL

Después de una Misa de Pontifical, en la que ofició el Obispo, pronunció el señor Pérez González una alocución que, correspondida por una sentida plática de Su Ilustrísima, se desarrolló en los siguientes términos:

«Por cuarta vez a lo largo de su historia se ha visto Santander amenazada en su propia existencia: en 1599 su Concejo pidió ayuda real, porque la peste se había enseñoreado de la villa y se temía que no quedara persona para defenderla; en 1893 sobrevino la tragedia del «Machichaco»; en 1936 el terror rojo dominó la Montaña; en febrero de 1941 la acción del fuego, bajo un anhelo devastador que animaba la danza de pavesas, convirtió en ruinas una gran parte de la ciudad, y por cuarta vez también Santander hizo frente a la adversidad y, como purificada, surgió a la vida llena de progreso e hidalguía, y con aquel ímpetu cántabro que animó sus primeros pasos fundacionales, cuando era Castilla un preclaro rincón. No otra suerte había de conceder la Providencia a esta tierra privilegiada de España, cuyo asentamiento ya era realidad en el viejo poema del Conde Fernán González: «Sobre toda la tierra, mejor es la Montaña.» Estas cuatro ocasiones de inseguridad y adversidad han hecho conocer a Santander el sincero sentimiento de afecto que le profesan las provincias hermanas. España entera ha seguido sus tragedias con vigilia intensa, prodigándola sus mejores cuidados, y especialmente durante su último desastre, en que quedó muy afectada la Catedral y la fortaleza de sus muros por el incendio. La torre, en su fachada norte, quedó hundida en sus dos terceras partes; la nave central ofrecía el espectáculo de un montón de ruinas por la caída de sus bóvedas y paramentos; de las naves laterales, la de la derecha, seriamente dañada, y la de la izquierda, con sus capillas destruidas, e igual suerte corrió la nave transversal que formaba el crucero. Bien pudiera decirse que la destrucción fué casi total, ya que la utilización de lo que quedó en pie necesitaba obras de inmediata consolidación. El señor Obispo de Santander, que no podía permanecer ocioso ante el espectáculo de su Catedral destruída, acudió a la ayuda de sus fieles para levantar el templo, y aunque éstos dieron prueba de buena voluntad, la empresa económica era superior a las posibilidades de un

pueblo devastado. El señor Obispo, dándose cuenta de esta realidad, expone al Gobierno la representación de su empeño y dificultades, y nuestro Generalísimo firmó el decreto de adopción total para la reconstrucción de la Catedral de Santander. La Dirección General de Regiones Devastadas ha cumplido su cometido con la competencia e interés que pregonan las obras que hoy contemplamos. Sus servicios técnicos procedieron a la ampliación del templo hacia el este, dando más longitud al presbiterio y disponiendo la construcción de una girola a su alrededor y la construcción del coro; la torre fué reproducida, así como también las nuevas capillas y claustro, sin omitir detalle arquitectónico de sus capiteles y claves; las claves se han sacado al exterior, formando una linterna octogonal; como dependencias anejas han sido totalmente reconstruídas la sala capitular, biblioteca, escuela, casa de canónigos y de la curia; un nuevo acceso al templo, por medio de una gran escalinata, ha mejorado el contorno de la fábrica. Su estilo sigue siendo el de transición entre el gótico y el renacimiento.

Ya está de nuevo en pie la Catedral de Santander. Bajo sus bóvedas sigue anidando el espíritu de la Abadía de San Emeterio, que con su vecino castillo formaron las dos casas fundacionales de la villa. De ellas salieron, después de encomendarse a Dios, los marinos montañeses que en 1248 se alistaron en sus bajeles para cooperar a la conquista de Sevilla, dando la victoria al Santo Rey Fernando, cuyo hijo, don Sancho, fué luego Abad de la Colegiata que ocupó este mismo solar. De aquí salieron también los hijos de esta tierra que acompañaron al famoso santoñés en la arriesgada ruta de la «Santa María». Aquí, en aquel tiempo, ejercitó sus rezos el más insigne polígrafo que regaló a la patria el imperio de sus obras ecuménicas y que, queriendo un Santander próspero y brillante, admonizaba a sus paisanos diciéndoles: «¡Ay de ella si deja caer en tierra su buen testimonio, corona de su fe, escudo de su libertad y atalaya de sus glorias!», España no podía abandonar esta gloriosa tierra, en cuyo recinto las más selectas representaciones de su esfuerzo heroico, bélico, descubridor, misionero y de la inteligencia, supieron arrodillarse ante el Dios de las alturas para impetrar su gracia en lavatorio de sus culpas y en bendiciones para la Patria que amaban.

Nuestro Generalísimo ha querido honrar este acto con su presencia, dando un público testimonio de su acendrada fe y de su afecto a la Montaña.

En su nombre, yo hago entrega al Obispo de la Catedral de Santander. El Caudillo la mandó reconstruir para mayor gloria de Dios, honra de la ciudad y servicio del sentimiento católico de España.»